La mundialización y los pobres

Jung Mo Sung

Selección de lecturas: Profa. Elizabeth Amelia Hernández Morales.

Un sobrino mío, de 12 años, fue a Corea del Sur a conocer la tierra de sus padres. Allá él me compró un regalo: una pluma Parker (marca estadounidense), aunque la caja había sido fabricada en Tailandia, la funda en Inglaterra y la carga en Francia. Es un ejemplo de lo que se está llamando mundialización (o «globalización», con un evidente anglicismo).

Mundialización es el nombre que se da a uno de los fenómenos más importantes de nuestro tiempo, o quizá de todos los tiempos. Hoy las fronteras nacionales cuentan muy poco en términos económicos. A las antiguas empresas multinacionales se les llama transnacionales. No es un simple cambio de nombres; es un cambio real.

El inicio de la aceleración del proceso de internacionalización de la economía se dio después de la Segunda Guerra Mundial. En aquellos tiempos, se consideraba empresas multinacionales a las empresas que estaban presentes en varios países. Hoy, con la mundialización de la economía, esas empresas trabajan como si no existiesen ya las fronteras nacionales. La pluma Parker es un ejemplo. Pero hay muchos otros. Los famosos artículos Nike -una marca estadounidense- no es producido en Estados Unidos, sino en países de Asia. Las bicicletas nacionales brasileñas ya no son producidas en Brasil: las empresas importan más baratas las piezas de otros países, y las montan aquí.

Esa mundialización de la economía está siendo posible gracias a la revolución tecnológica que está dándose en nuestro tiempo. El uso de computadoras, robots, satélites, fibras ópticas y otras tecnologías, acorta las distancias, conecta fábricas distantes y aumenta vertiginosamente la productividad. Con ello, el capital nacional e internacional (el dinero usado para conseguir más dinero) «viaja» velozmente por el mundo en busca de mejores negocios, productos más baratos, mercados más lucrativos.

Esta lógica, basada en la maximización del lucro, ha generado un aumento de la producción y de la riqueza para unos pocos, y un aumento de la pobreza y del desempleo para muchos en todo el mundo, especialmente en América Latina.

Los que tienen dinero suficiente para participar de esa «gran fiesta de consumo» proporcionada por la mundialización, la defienden con uñas y dientes. Es la oportunidad que tienen de realizar el sueño de consumir productos importados. Se sienten «ciudadanos del mundo», no porque viajen mucho, sino porque consumen mercancías «mundiales». Se identifican mucho más con las personas de cualquier parte del mundo que consumen las mismas marcas , que con las personas pobres de sus países.

El lado sombrío de este sueño que llega a ser pesadilla para los pobres, es la exclusión y la miseria a la que resulta condenada la mayor parte de la

población mundial. Exclusión que es el resultado de una lógica económica que tiene en la competencia de todos contra todos su «valor ético» supremo.

Necesitamos ser testigos de otro sueño: el de una sociedad diferente, que promueva «fiestas» donde todos puedan participar. Una sociedad donde la solidaridad tenga valor, una sociedad más parecida al sueño de Jesús. Una sociedad donde «todos tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10, 10).

Sem Fronteiras 232 (setembro 1995) 34, São Paulo

Crecimiento y desempleo

Jung Mo Sung

La población mundial está hoy en torno a los 5.600 millones de personas. De ellas, 2.800 millones están en capacidad de trabajar. Pero no todos los que desean o necesitan trabajar consiguen un trabajo: 120 millones de persona están desempleadas en el mundo, y otros 700 millones están subempleados.

Esta situación en el campo del trabajo genera, como una de sus consecuencias, un mundo en el que mil millones de personas «viven» con el equivalente a un dólar por día, y otros tres mil millones viven con dos dólares diarios. Si un marciano llegase a la tierra y viese estas estadísticas, quedaría impresionado con semejante pobreza en un planeta con tanta riqueza natural. Probablemente, propondría como solución la creación de más empleos, a través de un esfuerzo de crecimiento económico y de una distribución de la renta que privilegiase a los más pobres.

Una sociedad con tantos pobres tiene muchos más problemas -como la violencia y el deterioro de la calidad de vida- que una sociedad más igualitaria. Es cuestión simplemente de sensatez.

Tal vez quedase mucho más impresionado cuando se enterase de que, en realidad, no estamos viviendo en una época de calamidades naturales o de una disminución importante de la producción. Al contrario, la economía mundial va razonablemente bien, y nunca aumentó tanto el número de milmillonarios como en estos últimos años.

El gran problema -mirando las cosas desde los intereses de los pobres- es que, aparte del proceso de concentración de la riqueza que se da en todo el mundo, el crecimiento económico no conlleva creación de empleos. Como podemos ver en los noticiarios o en algunas propagandas de la televisión, las empresas aumentan su producción a la vez que despiden a trabajadores. Es el resultado de la revolución tecnológica y de la revolución gerencial.

El problema no es exclusivamente de los países más pobres o «en vías de desarrollo, sino que se da también en los países ricos e industrializados. El desempleo y la pobreza están aumentando asustadoramente en Estados Unidos y en Europa. Tanto, que en 1994, por primera vez en la historia, el problema del desempleo fue el tema central de la reunión de los presidentes de los siete países más ricos del mundo, los del G-7.

Cualquiera con sentido común podría preguntar: ¿para qué tanta riqueza, tanto crecimiento económico, revolución tecnológica y gerencial y tantas otras cosas, si lo que hacen es que aumente el desempleo y la pobreza en el mundo?

La respuesta es sencilla... y también extraña: en el sistema capitalista, el crecimiento económico y la revolución tecnológica no tienen como finalidad última una vida mejor para las personas, sino un aumento de la propia riqueza. El «espíritu» que mueve a los agentes y a las instituciones económicas es el de «ganar más dinero para ganar más dinero». Los seres humanos son «algo secundario», en esa lógica perversa.

Extraño mundo éste en que vivimos.

Sem Fronteiras 235 (dezembro 95) 32, São Paulo